



Eje: Culturalidades

Jorge Reitter. Psicoanalista, Argentina

## Fronteras entre el sujeto y el poder

Jorge Reitter

*Fronteras* es el significante propuesto para este congreso. De todas las opciones que consideré, me resolví por decir algo acerca de la frontera entre el sujeto y el poder. El desarrollo mismo de mi pensamiento y de mis inquietudes me impulsa a ocuparme de esa frontera. En el psicoanálisis que yo conozco está bastante descuidada la dimensión del poder en la producción de subjetividades. Al menos esa dimensión del poder que estoy tratando de situar ahora: una que escape de lo que Deleuze y Guattari llamaron el familiarismo. Digamos que cuando intento pensar la frontera entre el sujeto y el poder *no* estoy pensando el poder en términos de Ley, padre, o prohibición del incesto. O, mejor dicho, estoy pensando que esos términos son sólo elementos de una estrategia mucho más amplia. Dicho de otro modo, estoy tratando de no ubicar a los padres como *entes soberanos*. Me estoy desmarcando de lo que Michel Foucault denomina concepción jurídica del poder y de una idea de opresores versus oprimidos. Pienso el poder de un modo relacional y en red: entramados de poder, donde hay diferencias de poder, pero no hay nadie (ningún sujeto) que en alguna medida no ejerza poder, y no hay nadie que se sitúe por fuera de las relaciones de poder.

Eso por el lado del poder. ¿A qué voy a llamar sujeto? En primer lugar llamo sujeto, *en la experiencia del análisis*, al que habla. El que toma la palabra. Y en la medida en que la toma, se encuentra necesariamente con la imposibilidad de las palabras para agotar cualquier significación. Esto tiene dos consecuencias que son muy importantes: no puede agotar la significación ni de una identidad (soy esto) ni de ningún deseo (deseo esto). También podría decir que en mi uso de la palabra, sujeto es el que desea (el que está “en falta”) y el que no se constituye a sí mismo, el que nunca es *cusa sui*. Es sujeto a partir del Otro. Un psicoanalista es quien está a la búsqueda de ese sujeto, que no es dado de forma inmediata, sino que emerge al precio, como mínimo, de la angustia y de la tristeza. Obviamente es mucho lo que estoy dejando de lado, pero en cuanto a lo que me propongo con este escrito es suficiente.

Llego a interrogarme por esta frontera del sujeto con el poder a partir de mi intento de descifrar por qué los psicoanálisis, a lo largo de su historia y hasta el presente, tienen dificultad para recibir las sexualidades no heteroconformes. Así inicié un largo derrotero por muchos autores, muy diversos, pero que tienen en común, de modo más o menos explícito, que le dan voz a esas sexualidades no heteroconformes. Esto no me parece un detalle menor, si tenemos en cuenta que la primera definición que se me ocurrió de sujeto es “el que toma la palabra”. En la historia y en la teoría psicoanalítica, y desde el inicio mismo, las sexualidades disidentes no tuvieron la palabra, sino que se habló de ellas. No



me voy a cansar de insistir en decirlo: todo mi trabajo de los últimos años es un intento de hacer escuchar en el campo del psicoanálisis las voces de las sexualidades disidentes, voces que de formas más o menos veladas han sido silenciadas *entre nous*.

¿Por qué sucede esto, siendo que la vocación de los psicoanalistas es escuchar? Esa es una de las preguntas fuertes que orientó mi derrotero en búsqueda de respuestas. Y en ese derrotero me encontré con la cuestión del poder. Bueno, para ser más preciso con la cuestión del poder ya me había encontrado muchísimas veces, permanentemente, como todo el mundo. Me la encontré cada vez que de niño mi padre me decía “no seas maricón”, o cuando mis profesores de gimnasia me maltrataban porque yo no encajaba lo suficientemente en la masculinidad hegemónica. Pero, por supuesto, una cosa es estar entramado en relaciones de poder y otra, muy distinta, es poder pensarlas, nombrarlas. Y, a partir del pensar y el decir, alterarlas.

Es a partir de esas lecturas que fui percibiendo la enorme importancia de las relaciones de poder *como productoras de subjetividades*. Voy a tratar de explicar qué quiero decir con ello. En nuestra búsqueda de sujeto estamos invitando al analizante a que hable, que elija, y finalmente le pierda el miedo a los actos. Al menos esa es mi versión. Pero lo que ese sujeto puede decir, lo que puede elegir, los actos que puede realizar, está enormemente condicionado. Eso, en el campo de eso que llamamos sexualidad, es menos notable cuando se trata de sujetos cis-heterosexuales, porque sus deseos y elecciones no chocan tanto con las relaciones de poder. Pero en el caso de las personas no heteroconformes es muy importante tenerlo en cuenta, dado que, si no, corremos el riesgo de no poder leer bien lo que está en juego, y es muy fácil caer en lo que en mi libro llamo “psicologizar”. Es decir, atribuir al sujeto lo que corresponde a las relaciones de enpoder. Finalmente me estoy preguntando por algo que no está muy tematizado en el campo del psicoanálisis: por los límites de la libertad del sujeto.

El tema de la libertad del sujeto aparece subrepticamente cuando hablamos de elección y de deseo, ya que sólo tiene sentido plantear una elección si esta es, en alguna medida, libre. Pero eso no agota la cuestión de la libertad, ya que ejercerla requiere de condiciones tanto subjetivas como objetivas.

Dado que no contamos con mucho tiempo, pero también porque siempre prefiero mostrar cómo estas cuestiones operan en la vida de las personas, me voy a valer de un ejemplo para mostrar cómo operan los mecanismos de poder para producir subjetividades. Hubo un tiempo, no tan lejano, en el que los así llamados homosexuales tenían muy limitados los espacios posibles de sociabilidad. Una de esas escasas posibilidades eran los encuentros sexuales furtivos en algunos baños públicos<sup>1</sup>. El espacio así habitado es conocido como “teteras”. ¿Cómo era la “psicología” de esos homosexuales? ¿Los inclinaba hacia encuentros exclusivamente sexuales? ¿Tenían un gusto particular por los lugares abyectos, como los muchas veces sucios y olorosos baños públicos? ¿Preferían evitar las relaciones sexo-afectivas estables y preferían encuentros sexuales y furtivos?

---

<sup>1</sup> La longitud requerida para este trabajo me impide hacer distinciones más finas.



¿Les gustaba jugar con el riesgo, siempre presente, de ser detenidos por la policía? ¿Tenían un gusto espacial por desafiar la Ley? Encarar la cuestión de cualquiera de esos modos es hacer lo que llamo “psicologizar”, esto es, convertir en características “psicológicas” lo que es puro efecto de las relaciones de poder. Si los así llamados homosexuales se buscaban para tener encuentros furtivos sexuales en lugares abyectos es porque no tenían a su disposición ninguno de los modos y circuitos que están habilitados para la sexualidad heterosexual: la homosexualidad estaba completamente silenciada, no había posibilidad de mostrarla en el barrio, en los trabajos, en las fiestas, en el club, en el colegio. Ni hablemos de los partidos de fútbol o del ejército, por ejemplo. Y si la homosexualidad se mostraba, o se la oía, era objeto de injuria y hostilidad. Había muy pocos lugares (bares, fiestas) donde se pudieran reunir personas homosexuales. Tampoco había en los medios o en las artes masivas representaciones de personas homosexuales, salvo paródicas. Es decir, en ese mundo, no tan lejano, los así llamados homosexuales no tenían ningún lugar legitimado, de modo que les quedaba la posibilidad de apropiarse, a la fuerza, de un lugar, literalmente, de mierda, abyecto, sucio, peligroso, pero uno de los pocos disponibles para lo que se podía en esas condiciones: encuentros sexuales furtivos. Lugares disponibles hasta cierto punto, porque era tal la saña<sup>2</sup> que ni siquiera ahí les dejaban disfrutar en paz, dado que era un lugar privilegiado para el acoso y la extorsión policiales. La misma lógica de las relaciones de poder constituyó a los así llamados homosexuales en una cultura eminentemente sexual. No se trataba de nada que estuviese inscripto en la psicología de ningún sujeto. Resultaba fácil atribuir a esos sujetos un gusto morboso por lo abyecto, más difícil es ver que ese gusto, que por supuesto se desarrolló, era efecto forzoso de algo que trascendía en mucho la psicología de cada persona en particular. Para bien o para mal, la libido tiene esa capacidad de investir todo, incluso (especialmente) lo más horroroso y lo más traumático. Son mecanismos de supervivencia.

Esos lugares abyectos y sucios se convertían, por momentos, en espacios de disfrute y libertad. Curiosa, o más bien comprensiblemente, los inmundos baños de los campos de concentración nazis fueron muchas veces, también, el único lugar de libertad.

Creo que tener en cuenta este efecto productor de subjetividades de los mecanismos del poder nos va a permitir ser cada vez mejores psicoanalistas. Muchas gracias.

---

<sup>2</sup> Las relaciones de poder reducían a una “sexualidad” lo que podría haber sido una forma de erotismo y de vínculo amoroso.